



La  
**TELARAÑA**  
de  
**CARLOTA**

**E.B. WHITE**



**DESTINO**

# LA TELARAÑA DE CARLOTA

E. B. WHITE

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2017  
infoinfantilyjuvenil@planeta.es  
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com  
www.planetadelibros.com  
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Charlotte's Web*  
Traducción: Guillermo Solana Alonso  
© 1952 by E. B. White  
© 1980 Text copyright renewed by E. B. White  
Publicado mediante acuerdo con HarperCollins Publishers, Inc. New York, N. Y. U.S.A.

© Editorial Planeta S. A., 2017  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
Primera edición en esta presentación: enero de 2017  
ISBN: 978-84-08-16610-8  
Depósito legal: B. 24.496-2016  
Fotocomposición: Infillibres  
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).  
Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

## Índice

Antes del desayuno . . . . .	5
Wilbur . . . . .	10
Huida . . . . .	14
Soledad . . . . .	23
Carlota . . . . .	29
Días de verano . . . . .	38
Malas noticias . . . . .	44
Una charla en casa . . . . .	47
La chulería de Wilbur. . . . .	50
Una explosión . . . . .	60
El milagro . . . . .	69
Una reunión . . . . .	76
Un gran progreso . . . . .	81
El doctor Dorian . . . . .	90
Los grillos . . . . .	97
A la feria . . . . .	102

Tío . . . . .	112
El fresco del atardecer . . . . .	118
El saco de huevos . . . . .	124
La hora del triunfo . . . . .	132
El último día. . . . .	139
Un viento tibio . . . . .	147

## Antes del desayuno

—¿Adónde va papá con el hacha? —preguntó Fern a su madre mientras ponían la mesa para el desayuno.

—A la pocilga —replicó la señora Arable—. Anoche nacieron unos cerditos.

—No veo por qué necesita el hacha —insistió Fern, que solo tenía ocho años.

—Verás —respondió su madre—, es que uno de los lechones es muy pequeño. Ha nacido débil y canijo, y jamás llegará a nada. Así que tu padre ha decidido acabar con él.

—¿Acabar con él? —chilló Fern—. ¿Quieres decir que va a matarlo? ¿Y solo porque es más pequeño que los demás?

La señora Arable puso una jarra de leche sobre la mesa.

—¡No grites, Fern! —dijo—. Tu padre hace bien. De cualquier modo el cerdo probablemente morirá.

La niña apartó una silla de un empujón y salió corriendo. La hierba estaba húmeda y la tierra olía a primavera. Cuan-

do alcanzó a su padre, las zapatillas de Fern estaban empapadas.

—¡Por favor, no lo mates! —gritó llorando—. ¡Es injusto! El señor Arable se detuvo.

—Fern —le dijo en tono cariñoso—, tienes que aprender a controlarte.

—¿A controlarme? —chilló Fern—. ¡Es una cuestión de vida o muerte y tú me dices que me controle!

Las lágrimas corrían por las mejillas de la niña. Trató de quitarle el hacha a su padre.

—Fern —le explicó el señor Arable—, yo sé, mejor que tú, cómo criar una camada de cerdos. Si uno nace débil, siempre causa problemas. ¡Hala, vete!

—Pero ¡es injusto! —gritó Fern—. No es culpa del cerdito haber nacido tan pequeño. ¿Me habrías matado a mí si yo hubiera sido muy pequeña cuando nací?

El señor Arable sonrió.

—Pues claro que no —dijo mirando con cariño a su hija—. Pero no es lo mismo. Una cosa es una niña pequeña y otra muy diferente un cerdo.

—Yo no veo la diferencia —replicó Fern, todavía agarrada al hacha—. Esta es la injusticia más terrible que he visto en mi vida.

Una curiosa mirada asomó a la cara de John Arable.

—De acuerdo —admitió—. Vuelve a casa y yo te llevaré el lechón. Tendrás que darle el biberón, como si fuera un bebé. Ya verás el trabajo que supone.

Cuando media hora más tarde entró en la casa, el señor

Arable llevaba una caja de cartón bajo el brazo. Fern estaba arriba, cambiándose de calzado. La mesa de la cocina estaba preparada para el desayuno y olía a café, a tocino, a yeso húmedo y al humo de la madera que ardía en el fogón.

—¡Déjalo en su silla! —sugirió la señora Arable.

Y el señor Arable puso la caja de cartón en el sitio reservado a Fern. Luego se acercó al fregadero, se lavó las manos y se las secó con una toalla.

Fern bajó lentamente la escalera. Tenía los ojos enrojecidos de tanto llorar. Cuando se acercó a su silla, la caja de cartón se agitó, y oyó el ruido que el lechón hacía al frotarse contra los costados. Fern miró a su padre. Luego levantó la tapa de la caja. Allí dentro, observándola, estaba el cerdito recién nacido. Era blanco. La luz de la mañana traspasaba sus orejas, volviéndolas de color rosa.

—Es tuyo —dijo el señor Arable—. Lo has salvado de una muerte prematura. Y que Dios me perdone por cometer esta tontería.

Fern no podía apartar los ojos del cerdito.

—Hala —murmuró—, miradlo. Es perfecto.

Cerró la caja con cuidado. Primero besó a su padre y luego a su madre. Después volvió a levantar la tapa y sacó al cerdito, apretándolo contra su mejilla. En aquel momento entró en la cocina su hermano Avery. Este tenía diez años e iba armado hasta los dientes, pues en una mano llevaba una daga de madera y en la otra, una escopeta de aire comprimido.

—¿Qué es eso? —preguntó—. ¿Qué es lo que tiene Fern?



—Ha traído a un invitado a desayunar —respondió la señora Arable—. ¡Avery, lávate las manos y la cara!

—¡Vamos a verlo! —dijo Avery, dejando su escopeta—. ¿Y tú crees que este bicho es un cerdo? ¡Vaya cosa, si no es más grande que una cobaya!

—¡Avery, lávate las manos y a desayunar! —dijo su madre—. Dentro de media hora estará aquí el autobús de la escuela.

—¿Me vas a regalar un cerdo a mí también, papá? —preguntó Avery.

—No, yo solo regalo cerdos a los que madrugan —replió el señor Arable—. Fern se ha levantado al alba para tratar de librar de injusticias al mundo. Y como resultado, ahora tiene un cerdito. Es verdad que es muy pequeño, pero al fin y al cabo, es un cerdo. Eso te demuestra lo que puede conseguir una persona cuando se levanta temprano. ¡Hala, a desayunar!

Pero Fern no podía comer hasta que su cerdito hubiese desayunado. La señora Arable encontró un biberón con tetina de goma. Vertió leche tibia en la botella, la tapó con la tetina y se la entregó a Fern.

—¡Dale su desayuno! —dijo.

Un minuto más tarde, Fern estaba sentada en el suelo en un rincón de la cocina con su cerdito en el regazo, enseñándole a mamar del biberón. El cerdito, aunque menudo, tenía buen apetito y aprendió muy pronto.

Oyeron la bocina del autobús que se acercaba por la carretera.

—¡Venga, que no llegáis! —les dijo la señora Arable quitándole el cerdito a Fern y poniendo en su mano un bollo. Avery se apoderó de otro.

Los niños corrieron hasta la carretera y subieron al autobús. Fern no se fijó en los demás chicos que había dentro. Se sentó, miró por la ventanilla y pensó que el mundo era maravilloso y que ella tenía mucha suerte por poder cuidar a un cerdito. Cuando el autobús llegó a la escuela, Fern ya le había encontrado nombre, escogió el que le pareció más bonito de todos los que se le ocurrieron.

—Se llamará Wilbur —murmuró para sí misma.

Aún seguía pensando en el cerdito cuando la profesora le preguntó:

—Fern, ¿cuál es la capital de Pennsylvania?

—Wilbur —replicó Fern, todavía en las nubes.

Sus compañeros se echaron a reír y ella se puso como un tomate.

## Wilbur

Fern quería a Wilbur más que a nada en el mundo. Le gustaba acariciarlo, alimentarlo y dormirlo. Cada mañana, en cuanto se levantaba, calentaba su leche, ajustaba la tetina y sostenía el biberón para que bebiera. Cada tarde, en cuanto el autobús se detenía frente a su casa, saltaba a la carretera y corría a la cocina para prepararle otro biberón. Volvía a darle leche a la hora de cenar y de nuevo antes de irse a la cama. La señora Arable se encargaba de darle la toma del mediodía, cuando Fern estaba en la escuela. A Wilbur le gustaba la leche y el mejor momento del día era cuando Fern se la calentaba. Permanecía de pie, mirándola con ojos de adoración.

Durante los primeros días de su vida, a Wilbur se le permitió vivir en una caja, cerca del fogón de la cocina. Luego, cuando la señora Arable se quejó, lo trasladaron a una caja más grande, en la leñera. Cuando cumplió dos semanas, lo

llevaron fuera. Los manzanos estaban floreciendo y los días se volvían ya más templados. El señor Arable dispuso un corralito bajo un manzano especialmente para Wilbur, y puso en él un cajón grande lleno de paja en el que abrió un agujero para que entrara y saliera cuando le viniera en gana.

—¿No tendrá frío por la noche? —preguntó Fern.

—No —le aseguró su padre—. Ya verás. Obsérvalo y fíjate en lo que hace.

Con un biberón en la mano, Fern se sentó bajo el manzano dentro del corralito. Wilbur corrió hacia ella y la niña sostuvo la botella mientras el cerdito chupaba. Cuando se acabó hasta la última gota, gruñó y, adormilado, se metió en el cajón. Fern miró por el agujero. Wilbur hurgaba en la paja con su hocico. En muy poco tiempo logró abrir un túnel en la paja, se metió en él y desapareció de la vista, completamente cubierto. A Fern le encantó y se tranquilizó mucho al saber que su cerdito dormiría tapado y que estaría calentito.

Cada mañana, después del desayuno, Wilbur acompañaba a Fern hasta la carretera y esperaba a su lado a que llegase el autobús. Ella le decía adiós con la mano y él se quedaba mirando el vehículo hasta que desaparecía en una curva. Mientras Fern se hallaba en la escuela, Wilbur permanecía encerrado en su corralito. Pero en cuanto Fern llegaba a casa por la tarde, lo sacaba, y el cerdito la seguía por todas partes. Si iba a la casa, Wilbur también. Si subía al piso de arriba, el animal se quedaba esperando al pie de la escalera hasta que bajaba. Si sacaba a pasear a su muñe-

ca en el cochecito, Wilbur iba detrás. A veces el cerdito se cansaba y entonces Fern lo cogía y lo metía en el carrito, junto a la muñeca. A Wilbur eso le encantaba. Y si estaba muy cansado, cerraba los ojos y se dormía bajo la manta. Estaba muy gracioso con los ojos cerrados porque tenía las pestañas muy largas. La muñeca también cerraba los ojos, y Fern empujaba su cochecito muy despacio y con mucho cuidado para no despertar a sus niños.

Una tarde de calor, Fern y Avery se pusieron los bañadores y fueron a nadar al arroyo. Wilbur corrió tras Fern. Cuando ella se metió en el arroyo, el cerdito se metió también. Pero el agua le pareció demasiado fría, así es que mientras los niños nadaban, jugaban y se salpicaban, él se entretuvo en el barro de la orilla. Allí hacía calor, había humedad y la tierra estaba deliciosamente pegajosa y fangosa.

Cada día era un día feliz y cada noche una noche tranquila.

Wilbur era lo que los granjeros llaman un cerdo de primavera, lo que significa simplemente que ha nacido en esa época del año. Cuando cumplió cinco semanas, el señor Arable dijo que ya era lo bastante grande como para venderlo, y que era lo que había que hacer. Fern se echó a llorar, pero su padre se mostró firme. El apetito de Wilbur había aumentado; empezaba a comer sobras de la comida junto con la leche. El señor Arable no estaba dispuesto a alimentarlo durante más tiempo. Había vendido ya diez hermanos de Wilbur.

—Tiene que irse, Fern —dijo—. Ya te has entretenido

criando un cerdito, pero Wilbur ya no es un bebé y hay que venderlo.

—Llama a los Zuckerman —sugirió la señora Arable a Fern—. Tu tío Homer a veces cría un cerdo, y si Wilbur se va a vivir allí, podrás bajar por la carretera y verlo cuando se te antoje.

—¿Cuánto dinero debo pedir por él? —preguntó Fern.

—Bueno —dijo su padre—, es canijo. Dile a tu tío que tienes un cerdo y que estás dispuesta a vendérselo por seis dólares. A ver qué te responde.

Fern así se dispuso a hacerlo. Llamó y se puso su tía Edith. Esta llamó a tío Homer, y él entró en la casa desde el granero y habló con Fern. Cuando supo que el precio era solo seis dólares, respondió que compraría el cerdo. Al día siguiente, sacaron a Wilbur de su casita bajo el manzano y se fue a vivir en un montón de estiércol, en el granero de los Zuckerman.